

# Le Maire



Rocío Fernández de Ulibarri

**E**l primer bailarín de la Compañía Nacional de Danza está tras bambalinas. Frente a él un inmenso hueco de cientos de espectadores. El rugido del público crece y la soledad se agiganta. Por segundos el miedo humedece los huesos pero una vez que se arroja al vacío y se adueña del espacio, y hace suyo el escenario, Marco Le Maire, disfruta de su acto de coraje.

Parece tan perfecto que uno se olvida que padeció polio. Aún sus compañeros, tan acostumbrados a eso, se admiran. Le Maire, que pesa 125 libras (57,5 K) y mide 1,71 bailarín más bien bajo, de carácter, de movimientos rápidos y sorprendidos, a quien Graciela Moreno califica como “el primer bailarín de Costa Rica”, resume la breve historia de la danza en nuestro país.

Es un correligionario de Marcela Aguilar, Nandayure Harley, Jorge Ramírez, Rogelio López, Elsa Flores y Heidy Zumbado, entre otros. De los pilares que Mireya Barboza moldeó para hacer danza moderna por vez primera hace diez años.

De esos años de lucha con las uñas es Le Maire. Y si bien hoy se le considera un artista profesional, también es víctima de un sueldo precario: \$3.400 mensuales que abarcan ensayos y montaje de espectáculos.

Ya en edad madura para un bailarín (aunque con sonrisa de duende se niega a dar el número) y quizá por ser consciente de la brevedad de su carrera, del desgaste y la entrega total, del sacrificio diario, Le Maire ha comenzado a hacer coreografías.

Pero luego de diez años de entrega, no sólo el público ha respondido a su esfuerzo. También el escenario internacional lo ha llamado. Y es donde la modestia, la timidez y la dulzura de su carácter, resumido en un sencillo “me gusta todo esto más que nada”, explican en parte el rechazo a dos ofertas recientes de Venezuela y Alemania.

Todavía tiene los pies muy bien puestos aquí. Pero no sólo hay lealtad hacia lo propio sino un amplio proyecto experimental, e independientes: un grupo de seis bailarines que dirige, su propia “troupe”.

Le Maire resume muy bien su entrega a la danza cuando habla de coreografías como *Carmina Burana*, *Simón el loco*, *Juan Santamaría* o *Zapata*.

El mejor bailarín de 1977 (*Bienaventurados*, de Elena Gutiérrez) recuerda la obra de Karl Orff como algo mágico: “Yo sólo, como el Fauno, con el Coro Sinfónico detrás y la Orquesta y el público delante... Fue magnífico”.

Por la fuerza del personaje de Simón es que guarda un recuerdo especial de esa obra de Mireya Barboza. “Yo era Simón, siempre lo sentí así. Cuando bailaba entonces encarnaba la soledad y la locura”.

De *Juan Santamaría*, de Elena Gutiérrez, piensa que su autora la hizo pensando en él. “Su contenido fue muy significativo en mi carrera y la experiencia de filmarla me enriqueció más”.

Y en cuanto a *Zapata*, del mexicano Guillermo Arriaga, dice que podría bailarla siempre. “Me gusta porque es muy fuerte, lo ha sido siempre, cuando la bailé con Mercedes Vaughan en México o con Cora Flores aquí”.

## El inicio

Le Maire empezó con la técnica Graham en la Escuela de



## El primer bailarín de la compañía nacional

Danza Contemporánea que auspiciaba la Dirección de Artes y Letras y conducía Mireya Barboza. Los primeros encuentros con el público fueron en clínicas periféricas de la Caja del Seguro hasta llegar al Teatro Nacional y al Festival Cervantino en México, donde la crítica los aplaudió.

Desde entonces la obra de Barboza le ajusta como un traje a la medida. De ella se alimentó en sus inicios y con ella permanece.

“Mireya me enseñó a ser dueño del espacio, a no tenerle miedo al vacío, a cubrir la técnica con mi personalidad, a hacer mío el escenario.

Muchas veces hizo dúo con ella y muchos recuerdan su actuación soberbia en *Simón el loco*, una coreografía de 35 minutos que la autora piensa reponer esta temporada.

De esa época son también *Danza 72* y *Carmina Burana*, de un marcado lirismo y gran libertad de brazos pero, sobre todo, de un hombre muy viril y fuerte.

Le Maire guarda un respeto profundo por las enseñanzas de Barboza, a quien considera una coreógrafa clásica dentro de lo moderno, dueña de una frescura y originalidad insuperables.

Al definir su estilo, recuerda la obra de su maestra: “Su obra es depurada y libre. Domina la estructura de la coreografía y trabaja hasta sacar los movimientos propios de los bailarines. Nada en ella es grotesco ni forzado y hay, sobre todo, una comunicación directa entre bailarín y coreógrafo”.

## Ballet de Cámara

Sin desligarse de Mireya Barboza, Le Maire pasó al Ballet Moderno de Cámara de Elena Gutiérrez en 1974. Con la primera hizo una jornada de tres años en el Ballet Folclórico Nacional mientras que con la segunda desarrolló la técnica clásica.



“Bailar danzas costarricenses —recuerda— fue muy importante en mi carrera. Adquirí un entrenamiento que pocos bailarines han alcanzado en el país: cada quince días nos presentábamos en el Teatro Nacional y, aparte del ejercicio aprendí a comunicarme con el público”.

Elena Gutiérrez llenó un vacío en la formación de Le Maire, al darle técnica clásica y mayor expresividad. Pero para él fue aún más importante la fe que la bailarina y coreógrafa tuvo en su trabajo.

“Siempre creyó en mí —asegura— y me impulsó a no abandonar la danza”.

Fue la época en que el bailarín intentó estudiar filosofía o hacer una carrera académica. “Eran los años difíciles de la inseguridad personal y el miedo al futuro incierto de la danza”, confiesa.

Pero hoy, que existen tres compañías profesionales, una carrera universitaria y un público, Le Maire resume de esas épocas de aprendizaje un dominio técnico que le permite bailar cualquier cosa, desde clásico, moderno, “jazz” y Cuninghan hasta cosas más abstractas.

Y al definir su estilo, pleno de fuerza, insiste en querer ser sobre todo un ser humano que tiene una técnica para bailar: “Creo más bien en el movimiento en sí y, aunque no menosprecio la técnica, me protejo con ella para ser natural”.

A estas alturas, con 35 coreografías bailadas en diez años, el primer bailarín de la Compañía Nacional de Danza se considera autosuficiente. Se siente seguro, listo para bailar muchas cosas, para enseñar y hasta para crear.

“Ahora, cuando bailo —comenta— estoy tranquilo y disfruto plenamente. Soy feliz y estoy sereno. Antes me carcomía la emoción, ahora hay un balance en todo lo que hago”.

Elsa Flores, directora artística de la compañía, considera que Le Maire ha desarrollado “interpretación más allá de la técnica”, pues además de talento y condiciones físicas se ha dedicado totalmente a la danza. A ello la directora del Teatro Nacional, Graciela Moreno, agrega: “Si bien es mi bailarín consentido”, es un ejemplo extraordinario de superación personal, de expresión propia y pasión por su trabajo”.

## Enseñanza

Además de bailar, Le Maire imparte clases desde su arribo de los Estados Unidos, donde permaneció un año. Nueva York fue su centro de entrenamiento de 1978 a 1979. Allí estudió en la Universidad de Nueva York con Bertram Ross (gran figura de la técnica Graham) y en la escuela del American Dance Center. A la vez que estudiaba trabajó en dos compañías, una de ballet clásico y otra de danza moderna: Benhard Ballet y Anabelle González Dance Theatre.

A su regreso se incorporó como profesor y bailarín del Ballet Moderno de Cámara, donde Gutiérrez impulsó su vena coreográfica, que el año pasado empezó a desarrollar en la Compañía Nacional de Danza.

## Coreógrafo

Como novel creador, Le Maire ha mostrado al público *La mansión*, *Media Luna* y *Escenario*. Es ahora cuando necesita hacer bailar a los demás y lo hace como una necesidad vital: “Me gusta, soy totalmente adicto a esta etapa nueva. Me siento limpio luego de hacer una coreografía y verla en escena”.

# Le Maire

Viene de la pág. 1

Y al volver la vista hacia las obras de Rogelio López (Danza Universitaria) y Jorge Ramírez (Danza Una), compañeros de inicio que han mostrado trabajos mucho antes que él, siento que resume mucho el estilo de ambos.

“Rogelio es fuerte —describe—, serio, disciplinado. Su gente cree en él ciegamente porque

su mística le ha dado un gran poder de creación. La técnica alemana le ha dado un estilo expresivo, dinámico pero con un sabor latino”.

Y al hablar de Ramírez, destaca más bien la influencia de la técnica americana del Cunningham: “Mientras Rogelio es más bien sobrio, Jorge es juvenil, activo, dinámico, de un estilo libre”.

En cuanto a sí mismo, luego de moverse para expresar con gestos sus recursos, dice: “Me gusta ser suave, natural, prefiero la mirada franca, sencilla, el suelo, el salto. Me inclino por la línea con un estilo ingenuo porque la uso, la mantengo y la deshago. Soy veloz, rápido, pero también serio”.

Y luego de reflexionar un poco más, siempre apelando a movimientos, agrega, es decir, la escultura móvil. “Y la armonía —concluye— porque puedo hacer locuras pero busco un resultado armónico siempre”.